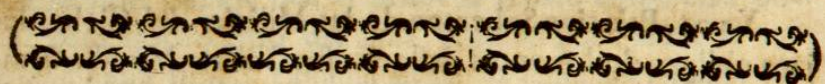


puede hacer su oficio mi lengua, obligaos de la muda elo-  
quencia de mis ojos.



# SERMON

## DE SAN FRANCISCO

### DE ASSIS.

*VENITE AD ME OMNES,  
qui laboratis, & onerati estis, & ego  
reficiam vos. Matth. cap. II.*



**A**mentese solo de su desgracia, quien tiene una alhaja, cuya gloria de ser unica en los primores del arte, la reduce à no tener quien repare sus ruinas, si las padece. La gloria de tener una obra un Autor inimitable, và junta con la pensión de impossibilitarse à restaurar sus pérdidas. Mil pondrán mano, y no solo restituirán à su antigua belleza, sino que darán un nuevo ayre, y esplendor à las Imagenes de vulgares Pintores; pero las de Apeles, y Parrasio no tendrán quien se atreva à retocarlas, si el tiempo las obscurece, y las deslustra. Si padece ruinas el Templo de Salomon hay un Joas, que lo restituya à su antiguo esplendor. Si Jerusalèn queda sin puertas, y sin muros, no faltará un Nehemias, que los levante. Quisiera Dios, que semejantes esperanzas pudieran concebirse de una obra, cuyo Autor no tie-

tiene semejante. Pluguera à su Magestad, huviesse quien pudiera reparar las quiebras de un edificio, cuyo Arquitecto es inimitable. Fuera metáforas. La Santa Iglesia haviedo sido edificada por el mismo Dios, queda al parecer irreparable en sus pérdidas. Es gloria suya ser habitacion sumtuosa fabricada para tener en ella su asiento la divina sabiduria; (1) ser una nueva Jerusalèn, pero que no se conoce deudora de su esplendor à David, (2) ni à Salomon, sino al mismo Dios; ser un Arca para servir de asilo contra el diluvio de la culpa, pero no fue Noè, quien la trabajò tan impenetrable à las aguas, y tan superior al naufragio. Mas què Señores? Quanto mas grande sea conocido su Autor, tanto mas difícil serà hallar, quien quiera encomendarse de repararla en sus pérdidas. (3) Es verdad, que su Autor fundandola, la diò estabilidad, y firmeza contra las puertas del infierno; pero no la eximiò de las decadencias, y las quiebras. La Iglesia no pudo caer del todo, pero pudo balancear; no se sugetò al naufragio, pero fluctuò; no pudo venirse al suelo toda su fabrica, pero pudo padecer sus ruinas el edificio; como en efeto las padeciò dolorosísimas en el siglo trece, tumultuosísimo por la obstinacion de los Principes, por el orgullo de los Hereges, y por la corrupcion de los Pueblos. Quièn, pues, Señores, se empeñarà à poner mano en esta grande obra? Quièn bolverà al rostro de la Iglesia el color hermoso que le falta? (4) Quièn retocará la Imagen de Dios, impressa por su Divina Magestad en el corazon del hombre, y desfigurada ya de los hombres en deshonor del mismo Autor? Aun quando Dios quierà encomendarlo à alguno, podrá escusarse de tan sublime empresa. Para bolver vuestra Imagen Señor (podrá decirle) à su antiguo decoro, y hermosura, es menester un pin-

P 2

cel

(1) Prov. cap. 9. (2) Ap. cap. 21. (3) *Porta inferi non prevalebunt adversus eam.* Matth. cap. 16. (4) Thren. cap. 4. v. 1. *Mutatus est color optimus.*

cel tan diestro, como el vuestro. Dònde hay medios, y fuerzas para salir ayroso de tanto empeño? Ni yo soy Moysès, ni es uno solo el Faraon, que se trata hablandar. Ni yo soy David, ni es uno solo el Goliath, que se ha de combatir. Ni yo soy Eliseo, ni es uno solo el Naaman, que se ha de curar. Ni yo soy Ahias, ni es uno solo el Jeroboan, à quien se ha de reprender. Vos mismo, Señor, havreis de encargarnos de reparar vuestra obra. Si vos no tomais de vuestra cuenta levantar sus ruinas, no hay quien admita la comisión.

Mas què digo yo, Señores? Se ha abreviado la mano del Señor? Se han puesto limites à su poder? O se han perdido los consejos de su Providencia? Aguardad. Conoceis aquel Francisco de Assis, cuyo nombre solo es su mayor alabanza? Pues èl es à quien Dios en sus ocultas providencias tiene destinado à tan grande obra. Con la voz de Francisco, que es un Evangelio vivo, quiere llamar à si todos los hombres, para aliviarles del peso de la culpa. Su voz serà oida en todas las partes del mundo, y por èl hablarà el Señor à todas las Naciones, convidandolas à dejar el trabajo de servir al mundo, para recibir el descanso, y folsiego prometido à los que sirven à Dios: *Venite ad me omnes, qui laboratis :: & ego reficiam vos.* Quando èl hable, seràn sus palabras voces de trompetas, que haràn caer los muros de la infiel Jericò. El sacarà à Israel de Egipto, y le conducirà al desierto, para hacer sus sacrificios al Señor; degollarà la vanidad, idolo, à quien no se averguenza doblar la rodilla la nobleza. Convertirà las hortigas del vicio en azuzenas fragantes; la disolucion en modestia; los juegos en piedad; en liberalidad, y franqueza la codicia; en desiertos las Ciudades; en casas de oracion los teatros. Con una alquimia toda del Cielo transformarà los Publicanos en nuevos Apostoles, los inmundos en espejos de honestidad, los robadores en limosneros, los homicidas en Anacoretas, los disolutos

en

en recogidos. En una palabra: Francisco con dejarse ver darà escrito en compendio todo el Evangelio de Jesu Christo, bolverà el Christianismo à los dias de su juventud, y convirtiendo el cobre, y el hierro de los vicios en plata, y oro de pureza, y de caridad, darà cumplida aquella profecia de Isaias: *Pro ere afferam aurum, (1) & pro ferro afferam argentum: & ponam visitationem tuam pacem.* Tanto como esto Señores, ha hecho San Francisco. Y podia prometerse menos de una misión tan expresiva, y tan autentica? *Vade Francisce, repara domum meam, qua labitur.* Ves Francisco, le dijo Jesu Christo, y repara mi Iglesia, que se cae. Una comisión de tanto peso, dada por Jesu Christo, supone à nuestro Santo capáz de poderfela fiar. A mi tocarà hacerlos ver à todos vosotros quan dichosamente la cumplió. Serà, pues, el asunto representar à San Francisco mi Padre: *El Reparador de la Iglesia.* Saludemos antes para el acierto à la Soberana Reyna de los Angeles: AVE MARIA.

*Venite ad me omnes, qui laboratis. Matth. 11.*

### §. UNICO.

**P**Ara conocer los trabajos, que se han puesto en los reparos de alguna fabrica, es menester haver visto antes sus ruinas. Quien no viò el Santuario en el estado miserable à que lo redujo Antioco, daría friamente las gracias à Judas Macabeo su restaurador. En consideracion desto, juzgo inevitable haveros de informar primero del estado triste, que tenia la Iglesia, quando San Francisco mi gran Padre admitió de Jesu Christo la comisión de repararla. Parecia, pues, que en aquel figlo havia el infierno sacado fue-

P 3

12

(1) Isai. cap. 60. v. 17.

ra todos sus negros humos para obscurecerla, desatado sus furias para hacerle guerra, vomitado sus monstruos para destruirla. Por todas partes la combatian, y eran sus mas dañosos enemigos sus mismos hijos. Los Vvaldenses tenian su mira puesta en envilecer la autoridad de la Santa Sede. A rebueltas de otros mil errores, daban por nulos los Canones, (1) y determinaciones de los Concilios. Para consagrar el Cuerpo de Christo, y absolver pecados, no conocian diferencia entre los Sacerdotes, y los Legos. (2) Los Fratricelos, y Albigeneses; aquellos professaban la ignorancia, y la sobervia, y reducian à nuevo uso la doctrina detestable de los Nicolaitas: estos adoptaron los errores de los Maniqueos, y Originaristas, amassados con novedades escandalosas, con que hacian licitas las relajaciones mas abominables. Los Judios vivian impunemente, tolerados de Principes Catolicos por sus intereses. Con la libertad de sus usuras arruinaban los naturales, y con el comercio pegaban el contagio de su perfidia. Llegaron à desmandarse tan descaradamente en Francia, que en una Poblacion llamada Brayo, convencido un Christiano por falsos testigos de la muerte de un Judio, le condenaron con sentencia publica à muerte de Cruz, y le sacaron al suplicio azotado, coronado de espinas, y con la Cruz à cueftas. El Emperador Othon llenò de escandalo la Christiandad, pues faltando à la fé de su palabra, obrò sangrientas hostilidades en los estados del Papa Inocencio III. de quien havia recibido la investidura del Imperio. Gemia España oprimida del yugo Mahometano. Francia miraba obscurecida su fé con los errores de los Albigeneses, y Almaricos. Inglaterra suspiraba por las violencias de su Rey Juan, (3) perseguidor sacrilego de las Iglesias, y los Obispos. Por todas partes cundia la iniquidad. Todo era desorden, todo confusion, todo im-

(1) Cast. de Hæref. (2) Cæsar. lib. 5. c. 21. (3) Prato verb. Almaricus.

piedad, y parecia haver llegado los ultimos dias à la Iglesia. La voz del Vaticano se oia con desprecio, sus decisiones eran recibidas con risa, su soberania era blasfemada con libertad. Unos dominados de la arrogancia, y otros de un zelo fingido, interpretaban el Evangelio segun su antojo; y el nombre Catolico era un nombre prestado à la exterior apariencia para ofender so color de zelo al Criador. Triunfaban los vicios en todo lugar, y en toda suerte de personas. No havia esperanzas de detener las corrientes de la impiedad; pues aquellos de quienes podia esperarse, eran los primeros, que abrian escuela de vicios, y se hacian Maestros. Con su egeemplo persuadian la liviandad, mostraban que la culpa no se fugeta à la infamia, y que eran dignos de aplauso los delitos. Jamàs quizà se vieron, ni mas insolentes los vicios, ni mas libres los pecados, ni mas debiles las leyes, para reprimir la rapida furia de los abusos. Ya no se veian en los fieles aquellos vestigios de la inocente simplicidad. La piedad, y la disciplina vivian desterradas en los Monasterios, y los desiertos. La casa de Dios contaminada con la disolucion, y Dios mismo sin gozar de inmunidad en su santo Templo.

O Dios altissimo! clamo yo aora todo atonito. Quièn ferà, Señor, el Noe, que prevenga tablas à tantos miserables naufragantes? Quièn la Paloma, que anuncie la serenidad en tan gran diluvio? Quièn el Joseph, que darà alimento à tantos hambrientos? Quièn el Daniel, que alcanzará de Dios à tanto Nabucodonosor su antigua forma? (1) Quièn el Onias, que restituirá su esplendor à tan magnifico Templo? Quièn Señores? San Francisco de Assis; ò no haverle señalado Christo Reparador de su Iglesia. Pero vamos adelante, y traygamos primero à examen su mision. Llegòse cierto dia à pedir limosna à nuestro Santo un pobre Hidalgo soldado

P 4

de

(1) Eccl. cap. 50. v. 2.

de profesión, à quien los rebeses de la fortuna tenían reducido à tal extremo, que su vestido era inútil para cubrir su vergonzosa desnudez, pero muy propio, para que se formasse juicio de su miseria. Francisco se sintió movido de compasión, y desnudandose un rico vestido, en cuya labor havian tegido igual parte la vanidad, y la moda, le trocò con el del pobre, cubriendo à un tiempo la confusión de un noble miserable, y la miseria de un soldado desnudo. A quien vistió la vanidad, le desnudò la misericordia. Esta acción que de suyo fue tan heroica satisfizo poco el deseo de Francisco, pues ya anhelaba su corazón à dar mayores pruebas de su clemencia. Su Magestad cuidò luego de apuntarla en sus registros, y no tardò à premiarla, sino lo que tardò Francisco à entregarse la siguiente noche al dulce reposo. Viò en sueños un magnífico Palacio lleno de insignias militares, y adornadas las piezas, y las armas con la divisa de la santa Cruz. De la visión entendió solo, que toda aquella grandeza havia de ser suya, y de sus Soldados. Despertò Francisco todo dudoso, y vacilante. Lo magnífico de la promessa por una parte, y la poca inteligencia de lo que se significaba por otra, si levantaban sus deseos à grandes esperanzas, los deprimian luego con la incertidumbre, y à manera de vientos contrarios formaban una tempestad deshecha en su corazón. Su inclinación à la guerra, el ardor de su genio, y la valentia de su animo, le hicieron entender el sueño à favor de aquellas pretensiones, que mas de una vez havian lisongeado sus esperanzas. Creyò finalmente, que tan misteriosa visión no podia sino ser un pronóstico de alguna gran felicidad, à que se havia de abrir passo por la milicia. Fijo en este pensamiento comenzò à hacer todas las disposiciones de galas, armas, criados, y caballos para ponerse en campaña con lucimiento, y estimación. Ha Francisco, Francisco, y què otros destinos tiene sobre ti la Providencia? Quàn lejos estàn tus pensamientos de lo que de ti

ti quiere el Señor? No te has engañado del todo creyendo, que eres llamado à la milicia. Pelearàs; pero no has de hacer la guerra sino à los vicios, y à las pasiones. Las armas, que has de manejar han de ser espirituales. Ves no obstante, que presto tendràs el desengaño. Encaminate à la Pulla, como quieres, y toma plaza en el egercito del Conde de Brena, que yo te prometo no llegaràs allà como piensas, pues seràs detenido en el camino. Francisco, Señores, se despide cariñosamente de sus Padres, dà los brazos à los amigos, y pide con una gentil cortesía sus mandatos para la Pulla, à los Cavalleros sus conocidos. Salese de Assis haciendo vanidad de su fortuna, de quien miraba ya como preludios su ardimiento, su valor, y su corage. Hace su primera jornada à la Ciudad de Espoleto. Y este era el lugar donde le esperaba el Señor, para derramar sobre el las luces de un saludable desengaño. Hablòle segunda vez en sueños, ò estando despierto, como quieren otros, y le dijo: Quièn podrá hacer mas dichosa tu fortuna, un Principe soberano, ò un Esclavo vil? Quièn llenarà mas bien el vacío de tus deseos un Rey opulento, y liberal, ò un hombre mendigo, y miserable? Señor, respondió Francisco todo asustado, y temeroso: el Principe opulento, y liberal podrá levantar mas alta mi fortuna, que el vil esclavo, y el miserable mendigo. Como, pues, replicò el Señor, dejas al dueño por el siervo, y al rico por el pobre? A esta pregunta de Jesu Christo quedò Francisco sin movimiento, pero no sin palabras. Recogió los espíritus, y aunque sorprendido como Pablo en diferente carrera, respondió al Señor como el mismo: *Domine, quid me vis facere?* (1) Aquí me teneis, Señor, què quereis que yo haga? O palabra breve, pero llena, pero viva, pero eficaz, y digna de toda aceptación, (2) dijo San Bernardo, admirando la respuesta de San

(1) Act. cap. 9. v. 6. (2) S. Bern. Serm. 1. convers. S. Paul. num. 6.

San Pablo? Y siendo la misma la respuesta de Francisco, no dudo yo darle los mismos elogios, pues en tan concisas palabras cifrò una perfeccion tan bien circunstanciada, que suspirar à ella es bastante gloria. La mayor parte de los hombres, aun de aquellos que hacen profesion de una vida regulada, quieren que Christo les hable como al ciego: *Quid vis ut faciam tibi*, què quereis que yo haga à beneficio vuestro? Mas decirle ellos à Christo: *Domine quid me vis facere?* queda para Pablo, y despues del para Francisco; y por esto me persuado yo, que habiendo sido tan conformes Pablo, y Francisco, en preguntar à Christo, fuesse Christo tan conforme en responder à uno, y à otro. Ves à Damasco, le dice à Pablo, que allí recibiràs mis ordenes. Buelvete à Assis, dice à Francisco, y allí te declararè mi beneplacito. Ambos oyeron de Christo lo mismo, y ambos obedecieron en lo mismo à Christo. Bolved aora, Señores, los ojos à Roma, para observar lo que le passa al Soberano Pontifice Inocencio III. deste nombre. A la luz de la divina revelacion viò el Templo Lateranense todo derroido. Ya le parecia, que iba à desplomarse, quando viò llegar un pobre cubierto de un miserable saco, y ceñido de una foga, el qual aplicando sus ombros à la suntuosa fabrica, la sostenia para que no cayesse. Por las señas conociò Inocencio, que àquel hombre era el mismo, à quien pocos dias antes havia visto postrado à sus pies, para pedirle la confirmacion de una Regla, cuya observancia, y austeridad parecia haverlas sugerido algun impetu de imprudente fervor. Tened en vuestra memoria este suceso, mientras yo registro en San Buenaventura cierta historia. (1) Escribe el Serafico Doctor, que orando delante la Imagen de un Crucifijo un alma ansiosa de servir à su Magestad, pedia le mostrasse en que queria que le sirviesse? El Señor entonces le responde: Ves, y apli-

(1) S. D. Bonav. in vita S. Franc.

plícatè con todas las fuerzas que te darè à reparar mi Iglesia, que se cae: *Vade, repara domum meam, quæ labitur*. Unid aora, Señores, à esta historia la vision de Inocencio, la qual sin hablar indica la divina voz del Crucifijo, que responde, y manda. Convendrà, pues, decir aora, para que no se sospeche poco cauta la Providencia, que tal hombre, à quien se le fia reparar las pèrdidas de aquella Iglesia, que para fundarla fue menester todo un Dios hombre, deba tener en sì tanto merito, que se haga venerar de los mas impios. Dios no encomienda empresas arduas, sin dar juntamente aquello de que se necesita para cumplir sus ordenes. Serà preciso, pues, considerar à este hombre, de quien hablan la historia, y la vision de Inocencio, dotado de tal autoridad, que sea capaz de poner en obsequiosa sujecion à los espíritus mas rebeldes, y mas indociles. Aora pues, què fortuna si tal hombre por ventura fuesse Francisco de Assis? No lo dudeis. De Francisco de Assis entendiò el oraculo Inocencio, y à Francisco de Assis fue dicho expremamente por Jesu Christo: *Vade Francisce, repara domum meam, quæ labitur*. El fue un hombre destinado à librar de los amenazados peligros la Iglesia de Christo, à sostenerla bacilante, y hacer aquellos reparos, que necesitaba para mantenerse. Y lo fue con una certeza tan infalible, quanta es aquella que se deriva de Dios, que habla, y del Vicario de Christo, que ve, y declara. Yo pienso aora sin arriesgar la reverencia de mis sentimientos para con Christo, detenerme à considerar quanto tenga de grande en sì misma la dificultosissima comission dada à Francisco en estos precisos terminos: *Vade Francisce, repara domum meam, quæ labitur*. Pareceme, que havien-dola de esplicar, aun reduciendome à parecer avaro de expresiones, no puedo escusar el decir: que Christo encomendandole à Francisco reparar la Iglesia fundada por su Magestad, le dà sobre la misma Iglesia tanto derecho, que à lo menos venga à renunciar la mitad de los aplausos, que se

se mereció fundandola. No quiero yo, Señores, traer à examen si una obra deba conocerse igualmente deudora à quien le dà el ser, que à quien la conserva, ò repara en sus ruinas. Esto sería bueno tratarse, si se hablasse en otra materia. No permita Dios, que exponga yo mi devocion à ser condenada de temeraria, pensando igualmente dividir la gloria. En nuestro caso la misma mano, que fundò la Iglesia, la conserva, y la fuerza poderosa, que la estableció, la misma la repara, y la mantiene. Pero en atencion à que quiere decir mucho Christo hablando à Francisco en estos terminos: *Ves repara mi Iglesia, que se cae*, quiero yo en gloria de entrambos, exponer quanto cifra la comission. Ves Francisco; fue como si le digesse: queda advertido, que con la profesion que haràs de una pobreza semejante à la que yo vine à enseñar, deberàs hacer conocer en ti una parte de aquel esplendor de magestad, y de modestia, que en el pefebre me descubrió à los Magos Redentor del mundo. Ves Francisco, pero asegurate, que apenas llegue tu zelo à la edad adulta, podràs arruinar ya las pompas del lujo, quitar del Santuario los abusos introducidos, reformar la dissolucion del siglo, destruir los ritos profanos, llenar de horror à los pecadores, y reparar las buenas costumbres. Aun quando yo no te diera poder para obrar milagros, y confirmar con ellos la verdad de tu mision, solo con la pureza de tu vida, imprimiràs en todos un respeto tan obsequioso à tu persona, que seràs mirado como un nuevo Bautista, temido como el mismo de los modernos Herodes, coronados de poder, y encadenados de vicios. Ves Francisco, pero advierte, que derramarè sobre ti tan abundantemente mis luces, y mi poder, que atonitos los Pueblos diràn de ti, lo mismo que de mi decian los Fariseos: (1) *Ecce mundus totus post eum abiit*. Ves, y no pienses, que me has de servir solo en la comission.

(1) Joan. cap. 12. v. 19.

tion. De ti nacerà un Pueblo numerosissimo, à quien tu informaràs, y de quien yo espero, que te sucederà en la empresa de sostener siempre mi Iglesia. A Pablo destinè por vaso de eleccion, para que llevasse mi nombre à los Gentiles, à ti te destino, para que lo hagas venerable entre los Christianos. Mi Iglesia està, Francisco, tan arruinada, que casi ya no la conozco por mi heredad, aplicate, pues, y buelveme el gozo antiguo de verla elevada sobre las ruinas del infierno. No son solo los Egipcios à quienes dominan las tinieblas, tambien dominan à los Israelitas. No vienen ya las borrascas del Aquilon, vienen tambien del medio dia. No pretendo de ti, que vayas à levantar mi Iglesia entre los Gentiles como Pablo, bastarà que la restaures entre los Christianos. Ves Francisco, que à ti fio el empeño de reparar mis pérdidas, de ti espero, que me restituyas en mis derechos, y tu has de ser quien me buelva el honor, que me han quitado. Cuenta siempre con mi proteccion, y nunca desconfies de quantos socorros necesitaràs para servirme en lo que te ordeno. Esta es, Francisco, mi voluntad. A ti la comunico, y encomiendo su egecucion. Nada te detengas, pon mano à la obra, y no pierdas tiempo. *Vade Francisco, &c.* Tanto, Señores, y mucho mas quiso decir Christo à San Francisco mi Padre encomendandole el reparo de su Iglesia. Y no hay duda, que dandole una comission de un cumplimiento tan difícil en tiempo de tanto desorden, le daría conseqüentemente todos los talentos, y todas las virtudes necesarias, pues como observò San Pedro Chrisologo, quando los vientos son favorables es capaz de gobernar la nave qualquier Barquero, (1) mas quando el mar se alborota, y se embravece, no se fia el governalle sino al mas diestro Piloto.

Ob-

(1) Chrisolog. Serm. 20. *Blandiente aura navem regit ultimus Nautas in confusione ventorum, primi queritur ars Magistris.*

Observad aora vosotros Señores una cosa. Pablo, y Francisco ambos detenidos en un camino, aunque eran bien diferentes los designios de uno, y otro; ambos destinados à ser vasos de eleccion; ambos responden à Christo de un mismo modo: *Domine quid me vis facere?* pero no ambos reciben de una misma manera la respuesta. Pablo no oye de Jesu Christo sino una voz omnipotente, y de autoridad, que le dice, ve à Damasco, y alli se te dirà lo que conviene que hagas; mas no recibió inmediatamente de la boca de Jesu Christo las reglas para gobernar la empresa à que le llamaba. El Señor le embia à que reciba sus ordenes de Ananias, y aun à este no mereció oírle, hasta despues de tres dias de detencion en Damasco. Pero à donde voy yo? pretendo acaso hacer ver, que Christo amasse mas à Francisco, que à Pablo? Por ventura quiero preferirle en el merito? Hacerlos iguales solamente no es temeridad? Pablo destinado con un diluvio de celestial luz à predicar la divinidad de Jesu Christo, y la verdad del Evangelio apenas nacido. Señalado para llevar la gloria del Crucificado à las Naciones, para hacer frente à los Gentiles, y los Hebreos, para inspirar amor à las virtudes no bien entendidas, ni entonces justamente practicadas. Hacer pues mayor à Francisco, el qual fundò una Religion, pero segun las reglas de aquel Evangelio, que tantas fatigas costò à San Pablo el predicarlo? Hacerle mayor porque con la simplicidad de su vida reformò las costumbres depravadas? Porque combatiò ciertos hereges, que à titulo de austeros querian ser oídos como oraculos, mientras predicaban licitas las mas vergonzosas desembolturas? No niego, Señores, ni vosotros podeis negarlo, que la vocacion de Francisco tiene una singularidad, que no tiene la de Pablo. Francisco oye de boca de Jesu Christo la delegacion solemne, que hace en èl para reparar su Iglesia. Pablo es embiado à Ananias, y èl es quien le instruye, y le dà los ordenes del Señor. Mas yo pienso

re-

renunciar toda la ventaja, que à mi argumento pudiera dar la decission, dejando que decida aquello que no quiere proferir la modestia, un sentimiento politico de Suetonio.

Pompeyo combatiendo, y venciendo à Mitridates Rey de Ponto, (1) levantò tanto la gloria de su nombre, que con universal aclamacion fue conocido con el titulo de Grande. Muerto Pompeyo, se viò obligado Cesar à combatir las mismas milicias conducidas de Pharnaces hijo de Mitridates. (2) Cesar se portò tan valerosamente, que en quatro horas de tiempo derrotò enteramente todo el exercito de Pharnaces. De aqui tomò motivo para juzgar como injusto, y usurpado el nombre de Grande dado à Pompeyo por haver vencido unos enemigos, à quienes èl con menos tiempo, y fatigas havia derrotado. Cesar pudiera haver atribuido su pronta vitoria, dice Suetonio, al valor de Pompeyo, el qual haviendo ya vencido con tanta gloria las mismas Legiones, las dejó debilitadas, y facilísimas à ser vencidas por qualquiera brazo, aun menos valeroso que el de Cesar. Procediendo aora yo, pues, segun las reglas de la justicia, digo: que Francisco posee juntamente, sin perjuicio del merito del Apostol, el titulo de Reparador de la Iglesia. San Pablo trabajò infatigablemente por la Iglesia radicando la Fè, y llevando en figura de primer Maestro el nombre del Redentor à todas las Naciones; Francisco trabajò à beneficio de la Iglesia, pero caminando sobre las huellas de San Pablo. Este plantando la Fè, y reformando los abusos, sirvió à Francisco de modelo para desterrar de los Pueblos la relajacion. Pablo predicando à los Gentiles hizo conocido, y adorable el nombre de Jesu Christo. Francisco imitando sus empresas, y sus fatigas, predicò à los Christianos el mismo nombre de Jesus, y lo hizo no solamente temido, sino amado. Pablo trabajò en la fabrica de la

(1) Sueton. in vita Cesar. cap. 35. (2) Ab Ladu. dic. t. 2. fol. 63.